

BURGOS 2025  
DÍA DEL PÍNFAÑO  
CONCURSO DE RELATOS



## **EL INTERNADO Y LOS GRUPOS**

*Antonio Benéitez Ballesta*

El recuerdo del pasado, para mí, es siempre triste y no por lo que pudo pasar de bueno o de malo, simplemente porque ya lo dice la sabiduría popular, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Y es precisamente del pasado, de mi pasado, de lo que quiero contaros mis recuerdos de aquellos cuatro años que pasé en el Colegio de la Milagrosa de Padrón en la Coruña. Pero por muy extraño que puede parecer, no voy a centrarme en relatar una serie de anécdotas más o menos divertidas que las hay y muchas, no, en esta ocasión quiero contaros algo sobre el grupo de ciento cincuenta internos, todos niños inquietos, pelados al cero, pertrechados con el famoso trapillo y venidos de todos los rincones de la geografía española, andaluces, vascos, valencianos, catalanes, gallegos, asturianos, castellanos, extremeños, manchegos, canarios etc. Una verdadera torre de babel; era frecuente oír hablar en todos los idiomas o dialectos existentes en la península y en las islas.

No obstante, el centro principal de la comunicación verbal era el idioma más común y generalmente hablado por todos, el español en su versión de castellano y nadie absolutamente nadie, renunciaba a su idioma natal y tampoco entre los internos, se reprochaba a los que en ocasiones se expresaban en otras lenguas. Todo lo contrario. En esta particular torre de babel, destacaba el gallego como lengua, idioma, dialecto o forma de expresión y no porque los internos lo hablaran en su mayoría, sino porque era muy utilizado por las auxiliares autóctonas y gallego parlantes.

En cualquier caso, nadie trataba de imponer su lengua sobre las otras, consistía por lo tanto en un ejercicio de verdadera cultura y respeto permanente hacia el resto de lenguas, idiomas o dialectos. Los internos que de forma rápida ya se sabe, mentes claras y limpias o como se dice ahora el disco duro casi vacío, asimilaban las palabras y expresiones y las utilizaban a modo de broma o imitación para mostrar en alguna manera que "*falan galego*" Cuanto menos, resultaba curioso que, en estos años, la lengua gallega, gozaba de una salud envidiable, aspecto que, no era de extrañar, dado que, el más significativo e importante personaje del sistema, el generalísimo de todas las Españas, era gallego de nacimiento, aunque, nunca nadie le oyó expresarse en su lengua materna. Para los internos, el poder hablar gallego, era hasta cierto punto un elemento de distinción, un apunte de su antigüedad en el colegio o un símbolo de su total integración en la zona, eso sí, siempre y cuando lo logran hablar sin ser gallego de origen.

No cabe la menor duda, la salsa y esencia del internado eran ellos, los ciento cincuenta internos con los que había que convivir uno, dos, tres o cuatro años en el interior del colegio. Las edades, oscilaban entre los ocho y los doce años, aunque existían excepciones de cinco y trece. La máxima concentración del colectivo, se presentaba normalmente en las horas de recreo en el patio; los ciento cincuenta internos, están en permanente movimiento y en un reducido espacio de terreno.

En medio de tanto jaleo y actividad, se encontraba la monja de guardia, siempre vigilante que, se paseaba ceremoniosamente, con el silbato metálico, habitualmente colgado de su cintura, dispuesto para llamar la atención a los que se desmadraban. Este paseíto de las monjas, era la permanente vigilancia que se ejercía sobre los internos y sus actividades lúdicas, durante el tiempo del ocio, donde el bullicio, la algarabía y algunas peleas eran las características más típicas del descanso estudiantil; la mayoría de los internos no cesaban de correr, de empujarse, de pelearse etc. Era normal, la presencia de los típicos niños antes llamados “*rabos de lagartija*” revoltosos, inquietos y muy activos hoy por el contrario se les ha rebautizados como “*niños hiperactivos*” necesitados, como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico. Antes, se tranquilizaban con castigos o penitencias, más o menos moderadas, hoy se solucionan con jarabes, terapias, o técnicas educativas dirigidas especialmente a los niños, y no a los padres que como ya se sabe, son los responsables de que el niño sea tan...

Niños, todos unidos por el cordón umbilical de la orfandad. El colectivo de niños, era la parte más importante del internado; también lo eran, las monjas y sus métodos, las auxiliares y sus funciones, las normas de convivencia, la educación y sus principios etc. Todos en su conjunto, formaban parte del nuevo y apretado engranaje grupal de un mundo que por nuevo y desconocido a los ya ingresados inicialmente les generaba grandes angustias e incertidumbres. Debilidades que se minimizaban en el interior de los irregulares grupos. Grupos, a los cuales se adherían los internos, como una medida fundamental para hacer más soportable la vida en el internado.

Cada interno, era un componente más del grupo, en el que se integraban y desarrollan su incipiente personalidad. Los niños que, en definitiva, eran los protagonistas directos del internado, ultimaban su encaje en la nueva e infantil sociedad, había necesariamente que cerrar y configurar el grupo o tripulación, para tan larga singladura, otros los menos, buscaban con afán, su particular situación de robinsones.

El tema, no era en absoluto baladí, se trataba de que el interno seleccionara o fuese seleccionado su hábitat social, es decir que, estuviera dentro del grupo más idóneo a sus condiciones anímicas y de esta forma compartir en solidaridad, las incidencias que en un futuro inmediato, iban a plantearse durante el curso. En definitiva, se buscaba afanosamente cerrar tanto el grupo de amigos como el de enemigos, aunque de estos últimos en realidad, poco o nada, se conoce.

El grupo, la cuadrilla, la pandilla etc. cualquier nombre es bueno para dar personalidad al elemento social del internado que, les ayudaría a disfrutar o sufrir la vida durante el nuevo curso que se les acercaba. Los motivos que, polarizaban la formación de los grupos, giraban en torno a determinadas personalidades siempre o casi siempre existía un líder polarizador del grupo, también era causa grupal las aficiones diversas o el simple hecho de pertenecer a la misma clase, ser o venir de la misma zona geográfica, coincidir en las aficiones deportivas, ser aficionados de un mismo equipo de fútbol e incluso ser vecinos de cama, en el amplio y sórdido dormitorio del internado.

El grupo, era el marco donde o bajo el cual, sus componentes encontraban su hábitat y con el mismo su fuerza, su forma de comportarse, de defenderse o simplemente de minimizar sus debilidades, en definitiva su barco para navegar a lo largo y ancho del curso que estaba a punto de iniciarse. Es cierto que, la natural composición del grupo, no era algo que prevaleciera durante el curso; no se trataba de grupos cerrados, en absoluto, por el contrario, estos, con el devenir del tiempo, experimentarían variaciones en la habitual relación y convivencia del día a día. Como fiel reflejo de la sociedad en general, entre los internos, también los había que destacaban por altos y bajos; delgados y gordos; listos y menos listos, deportistas natos, o negados para el ejercicio; bravucones, atrevidos, traviosos y tímidos. El grupo, como conjunto, brillaban o se oscurecían en función de determinadas virtudes o defectos de sus integrantes.

Dentro de los grupos, también se daban cita algunas personalidades curiosas, como los llamados “*Chupabotes*” se trataba, de internos, extraños e interesados que, ejercitaban su actividad en cualquier lugar y hora; su objetivo, llegar a ser los válidos de las monjas y así obtener de tal circunstancia, favores que aunque superficiales, les serían de mucha utilidad durante su estancia en el centro; también se daban cita los distinguidos con el sobrenombre de “*Enchufados*”.

La diferencia entre chupabotes y enchufados era muy clara, mientras los primeros ejercían para ganarse los favores de las Monjas, Hermanas o Sor, los otros los enchufados, eran las Monjas la que los selec-

cionaban, para que estos, les ayuden en actos rutinarios, ya sea cuidar de la clase en su ausencia; dar chivatazos; transmisión de rumores o cotilleos, hacer recados en el pueblo etc.

A los anteriores, se les unía otra personalidad, asignada a unos pocos y cuyos titulares eran temidos en cierta medida, “*el matón*”, normalmente interno de los cursos superiores, dotado de una fuerte constitución y condición física que ejercía su autoridad por la fuerza física; en ocasiones estos, se autoproclaman protectores de los internos más débiles, en realidad eran los capos del internado. Las peleas, entre matones eran muy comentadas, recordaban en algo, las luchas entre gladiadores o jefes de clanes mafiosos por no comentar aquello de machos alfa y dominantes de la manada, marcando su territorio.

En el internado, había dos personajes que, merecían especial mención y que también estaban internos, pero estos, gozaban de un régimen VIP, eran nada más y nada menos que, Dios y el Diablo. Mientras que el Diablo, se manifestaba en casi todas sus apariciones, con cierta cicatería adornada con una sonrisa a modo de añagaza. Por el contrario Dios que, en su niñez y especialmente en el portal de Belén se presentaba como un niño feliz, luciendo una eterna sonrisa, a pesar del frío que estaba pasando, hoy ya mayor, ha cambiado mucho, su sonrisa se ha convertido en un gesto serio, hierático, como aburrido, da la sensación que no le gusta estar interno.

Tanto Dios como el Diablo, gozaban de un régimen de internado de total libertad, estaban en todas partes dentro y fuera del colegio; Dios está preferentemente en lo alto en el cielo y el Diablo por el contrario, en lo bajo, en el infierno. Aunque ambos, realizaban frecuentes y repetidos desplazamientos desde sus lugares de origen al internado. Su posición era de privilegio, un tanto cómoda, porque ni el uno ni el otro, asistían a las clases como esforzados alumnos, ni hacían ejercicios, ni metían goles, ni eran castigados. Algo así como, internos sindicalistas liberados o convidados de piedra. Estos internos VIP, aparecían cuando las monjas citaban su nombre, siendo frecuente a las monjas oírlas decir, que Dios os acompañe, que el Diablo os lleve, ir con Dios etc.

Hay que hacer notar que ninguno de los internos logró verlos, aunque sus citas por parte de las monjas eran permanentes. En cualquier caso, estos dos personajes por muy distinguidos que eran, también estaban internos e incluidos en todos los grupos. No obstante, su trabajo dentro y fuera del internado, variaba ostensiblemente. Mientras, Dios no permanecía ocioso, siempre tenía trabajos que realizar; como acompañar a los internos en todas las acciones religiosas, cuidar en el

recreo de su integridad física, perdonar continuamente las malas acciones, acompañar a los niños a infinidad de sitios, estar presente por las noches en la oscuridad del dormitorio velando por los buenos sueños etc.

Hasta en el comedor y aunque normalmente no comía, estaba siempre presente a la hora de la comida, hasta el punto de que bendecía la mesa y los alimentos que se van a tomar, ritual que se llevaba a efecto antes de empezar a comer o cenar, curiosamente en el desayuno no lo hacía, pudiera ser que no madrugase mucho, es evidente, no en vano había estado cuidando de los internos, durante la noche. Mientras que el Diablo, no tenía tanto trabajo, estaba bastante más ocioso que Dios, para eso era el Diablo o Satanás siempre aparentaba estar ocupado, pero normalmente se escaqueaba. A pesar de su desidia, se le citaba a él y su morada en numerosas ocasiones, al grito de las monjas.

¡Qué el diablo os lleve! ¡Eres el diablo en persona! ¡Irás al infierno!  
Etc.

Ante la cita el personaje en cuestión, se ponía en guardia, haciendo amagos ponerse a trabajar pero finalmente, esa intención, casi nunca se hacía realidad; su función era más de enredar y liarla; Bien es cierto que ambos personajes se camuflaban con gran habilidad, bajo otros nombres, por ejemplo, al mal unas veces se le llamaba Lucifer, otras Diablo, también Demonio, las menos Satanás. Mientras que el adversario, el bien, no le iba a la zaga, unas veces se le llamaba Dios, otras el niño Jesús, otro Jesucristo, las menos Señor. Con tantos nombres, los internos andaban un poco desconcertados.

En esta relación de internos VIP, figuraba la Virgen especialmente la Inmaculada, pero no era tan citada como los dos anteriores, por una sencilla razón, se trata de un internado para niños, no se admitían féminas. En cualquier caso, la Virgen, desempeñaba en el centro, algunas actividades normalmente al lado de las monjas, era una compañera más y permanente en el grupo de religiosas, tanto es así que, las monjas, actúan a modo de representantes de la Virgen, repartiendo medallas, divulgando su imagen y citándola con frecuencia.

¡Madre del amor hermoso! ¡Virgen Santa, que burradas dices niño!  
¡Virgen Milagrosa, ayúdanos! Etc.

Volvamos al grupo. En el internado, como en cualquier otro entorno social, el grupo, actuaba de forma original y libre, es decir que, una vez que un niño decidía formar parte del mismo era fagocitado por este y se convertía de inmediato en un componente más del grupo, por lo tanto, mientras permaneciera en el seno del mismo, el interno

gozará de todas las ventajas que este le brindaba, eso sí siempre que cumpliera las reglas establecidas de forma tácita. Bien es cierto que, era tan difícil ser aceptado, como mantenerse, dentro del mismo. De no cumplir las normas, surgía el rechazo de tal manera que, sin presiones ni coacciones, los integrantes expulsaban de forma no traumática al rebelde. Es evidente que el grupo, no inhibía las cualidades de sus integrantes, ni raptaba sus personalidades, no, este crecía y se tornaba más potente socialmente, en la medida que sus integrantes, comenzaban a destacar en cualquier actividad.

El grupo, actuaba como elemento catalizador, y potenciador de las virtudes y defectos de sus componentes. En el caso contrario, si un componente del grupo, en lugar de cualidades aporta debilidades, el grupo, de forma automática, adoptaba una postura proteccionista y de defensa del débil. En definitiva, el grupo, era un núcleo o célula social que servía como soporte de convivencia pero también, para destacar o minimizar las glorias y las miserias, las alegrías y las penas, de los componentes del mismo. Es más, en alguna medida bajo el paraguas del grupo todo era consenso y se actuaba en consecuencia, buscando en todo momento el interés colectivo prioritario sobre los intereses individuales.

Por lo tanto, el grupo formaba parte importante, de la vida de cada interno y de la vida en común, es más, era uno de los pilares básicos para llegar a lograr aquel fin que se predicaba sin descanso, especialmente las monjas "*Ser hombres de provecho*". En caso contrario, un niño que vivía al margen del grupo manteniendo una convivencia en solitario o independiente, no le impedía que llegara a ser un hombre de provecho, pero su aislamiento le dificultaba enormemente conseguir tal objetivo; el Robinson, debía asumir su lucha en soledad ante el sistema, pudiendo ocurrirle que el sistema le superara y en consecuencia llegara a odiarlo, con lo cual, su estancia en el internado sería lo más parecido a un infierno y como tal lo recordará toda su vida.

Por norma general, la responsabilidad de gobernar y regir los internados, en estos tiempos, recaía o estaban encomendadas a curas, militares, monjas, etc. Los cuales y sin grandes variantes, aplicaban métodos muy similares, para llevar a cabo su importante labor educativa. En el internado, eran, las monjas, de la orden francesa de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, las que regían los destinos del mismo y también estaban sujetas al grupo, tal era así que su organización asumía el nombre de comunidad de monjas, era ejemplar, dirigidas por la madre superiora, todas y cada una de las Hermanas tenía sus funciones y trabajos muy definidos.

Del grupo de monjas dependía: La organización del centro, la autoridad, el orden, la educación, la formación, la disciplina, los premios y los castigos, así como el ejercicio diario y práctico de actuar dentro de las virtudes teologales, la Fe, la Esperanza, la Caridad.

En general, se trataba de un grupo de excelentes personas, muy implicadas en la educación y formación de los internos, además de poseedoras de un cariño que repartían indistintamente en pequeñas dosis y de forma equilibrada. En general, las monjas, se esforzaban en lograr que la vida en el internado fuera lo más liviana y agradable posible. Las monjas, disfrutaban con el bienestar de los internos y sufrían con sus adversidades. Pero había que ser conscientes de que el permanente trato en el día a día, el rigor con que se desarrollaba la vida en el centro, la necesidad de lograr hábitos correctos, dentro de un perseguido perfil humano, exigía a las religiosas, imponer determinadas normas de convivencia que cuando eran transgredidas, generaban situaciones, cuanto menos curiosas. Los internos, les correspondían en esta dedicación y cariño, ellos, en alguna medida las consideraban como una prolongación de sus madres.

Finalmente había un tercer grupo acompañando al grupo de monjas en su quehacer de todos los días, éstas eran las auxiliares, que trabajaban como, cocineras, ayudantas de comedor, lavadoras, planchadoras, guardianas en días de paseo, eso sí las camas nunca las hacían esa función estaba destinada a los propios internos. Entre el grupo de auxiliares, son recordadas entre otras, “*La Señorita*” que ejercía como auxiliar de cierto prestigio y rango, de un carácter agrio y malhumorado, en realidad era una interna más, aunque el caso de su internado, se disimulaba por que ostenta un alto cargo dentro del mismo.

La Señorita, gozaba de un régimen en pensión completa y habitación individual, a diferencia del resto de auxiliares; a la mujer, le gustaba escuchar la música en general y muy especialmente marchas militares; cuando tenía un ataque de nostalgia en sus ratos libres, requería la presencia de algún interno hábil en el manejo de la armónica para que en sus momentos de relax le endulzaran sus oídos y elevara a cotas insospechadas su acérrimo carácter patriota.

Entre las auxiliares, destacaban también, María, una mujer medio meiga, medio gitana, apodada “*La Bruja*”, de cara afilada y nariz aguileña, presentaba un pelo negro y muy largo que recogía siempre con una trenza que a modo de liana que le colgaba sobre la espalda; a la mujer se le adivinaba un pasado tormentoso, no se sabe si estaba en el centro para ayudar a las monjas o para redimir sus penas, se

antoja un tono morboso en su forma de vestir, su desparpajo al hablar y su trato con los internos rozando lo atrevido con lo grosero.

De entre todas las auxiliares, la más alegre del equipo era Rosalía; esta auxiliar, sin lugar a dudas, era la más moderna y liberada, de pelo rubio ensortijado y ojos azules, cara redonda y sonrojada, de talla más bien baja y abundantes en carnes. En España, a pesar de los tiempos tristes que corrían, también se seguía cantando, el país, se levantaba, trabajaba y descansaba, bajo las canciones un tanto cansinas, de Gloria Laso, Lola Flores, Antonio Molina, Luis Mariano, Carmen Sevilla, Conchita Piquer, Jorge Sepúlveda, Antonio Machín etc. Canciones que no tardaban en llegar, a oídos de los internos.

La única, vía de entrada de las melodías era a través de Rosalía conocedora de todas canciones de moda; ella, con buena voz y gusto por el canto, se encargaba de dar a conocer y a alegrar con su moderno y actualizado repertorio, la vida de los internos, un tanto cansados de otro tipo de canciones repetidas una y mil veces en los actos donde se desfilaba, en apretadas filas, al son de canciones como *“El cara al sol”* *“Montañas Nevadas”* *“Gibraltar”* etc. que de existir en aquella época el festival de Eurovisión, seguro que España, se hubiera presentado a concurso con cualquiera de ellas, otro cantar sería el resultado obtenido.

Se decía de Rosalía que, había participado en un concurso de cantantes noveles en radio Santiago. Así que, con buena voz, afición y conocedora de las tendencias modernas del canto, no era de extrañar que, en los días de fiesta y siempre a requerimiento de las monjas, Rosalía, cantara a los internos todo tipo de canciones, en ocasiones, no exentas de un cierto tono picaresco como era el caso cuando entonaba la popular canción *“Canastos”*.

El escenario, se reducía a la ventana del primer piso que daba al patio, desde allí, Rosalía, lanzaba sus trinos mientras los internos, permanecían de pie frente a la ventana, mirando hacia arriba a la espera del momento más importante de la actuación, el canto y la canción, cuando Rosalía, apoyando sus exuberantes pechos sobre el alfeizar interior de la ventana, tomaba aire para lanzar sus melodías, era el momento sublime de un inicial erotismo, dado que los aditivos o glándulas mamarias de Rosalía, parecían proyectarse hacia arriba, como dos golosos globos a punto de abandonar sus opresores contenedores.

El grupo de auxiliares, eran fieles cumplidoras de las normas del centro y en general estaban afectadas de un profundo sentimiento religioso. En otro orden de cosas, aunque de forma muy indirecta,

existía un especial grupo de pobres y tullidos, también participaban en la vida del internado, personas que mendigaban y en este caso, las monjas, al ser especialistas en la virtud teologal de la Caridad, se deshacían en atenderlos, dentro de las pautas que marcaba la Comunidad. Finalmente, completaban el cuadro de grupos, personajes y personajillos de mediana incidencia en el mundo del internado, los monjes dominicos del Convento del Carmen; los párrocos de pueblos de alrededor; el digno y elegante caballero cristiano, militar de profesión y profesor de gimnasia, su presencia era obligada, dado que las monjas no parecían las más apropiadas para dar clase y demostrar sus cualidades físicas, con el hábito incluido en el difícil arte de los saltos y las cabriolas.

Este militar, era todo un personaje, alto o al menos a todos nos parecía, de tez morena que a primera hora del día, citaba a los internos por cursos en el patio, donde comenzaba y transcurrían las clases de gimnasia, los internos bajo la atenta mirada del militar, corrían, saltaban, desfilaban o realizaban ejercicios varios; bajo los valores de la disciplina, el silencio, el sacrificio, la dignidad y el poderío físico que era de lo que se trataba. El profesor, siempre mantenía entre sus manos una fina vara para calentar las heladas piernas de los internos para utilizar en caso de pereza, error, indisciplina o cualquier otra circunstancia.

Finalmente, no nos podemos olvidar del marco que cierra por los cuatro lados nuestro lienzo de grupos y personalidades del internado, el pueblo y los padroneses/as; pueblo pintoresco hundido entre montañas donde destacaba el monte San Gregorio, popularmente conocido como "*Santiaguíño*" también el pueblo, abigarrado de casas de piedra bajas, de calles estrechas, con la iglesia del Carmen, ubicada en la parte más alta del mismo y regida por los padres dominicos; la parroquia de Santiago y su famoso Pedrón; el logrado paseo del Espolón, cubierto por la hoja abundante de los platanales americanos y lugar habitual de los días de paseo en cuyo cabecero y final se encontraban los hijos ilustres y convidados de piedra, don Camilo José Cela y doña Rosalía de Castro; el alegre y siempre cristalino río Sar de cauce estrecho y aguas poco profundas, que atravesaba el pueblo con prisas por abrazar la ría etc. Finalmente no debo olvidarme de su gente, siempre afable, sencilla, hospitalaria y curiosa por conocer, el número que teníamos asignado, nuestro origen de procedencia o cualquier otra banalidad que nos pudiera afectar.

Ya han pasado casi setenta años y todavía guardo en mi memoria los recuerdos siempre gratos de mi estancia en Padrón; con la gran suerte que hoy la Asociación, me permite volver al grupo, para de

nuevo relacionarme con los que fueron mis antiguos compañeros de internado, pero con otro concepto más universal, es decir y también con los que no fueron compañeros por pertenecer a otras promociones diferentes.

Gracias a la Asociación hoy podemos reencontrarnos, relacionarnos, disfrutar de momentos llenos de nostalgias y alegrías, pero especialmente por confirmar que aquellos lazos que establecimos en la niñez, eran verdaderos y solidarios y que aun pasando muchos años perduran y perdurarán hasta el final de los tiempos. Gracias.